

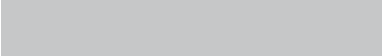
# Hugo Stefan



Pando y el ferrocarril están profundamente unidos en mi memoria. La Estación de AFE no era solo un lugar de trabajo: era el corazón social y comercial del pueblo. Allí había movimiento constante, saludos, despedidas, encuentros y sueños que viajaban sobre rieles. Ingresé a AFE el 19 de febrero de 1963. Tenía apenas 16 años cuando se realizó un sorteo para meritorio y futuro telegrafista. La suerte me acompañó, junto con otro amigo, y así comenzó una etapa que marcaría mi vida. Con el tiempo, al cumplir la mayoría de edad, quedé como telegrafista. En aquellos años, el telégrafo era el alma de la comunicación ferroviaria. Por mis manos pasaban mensajes que llegaban desde Francia o desde Inglaterra, escritos en idiomas que yo no conocía. Sin embargo, eso no importaba. Yo no leía palabras: escuchaba sonidos. Eran puntos y rayas en alfabeto Morse, y mi oído se había acostumbrado a entenderlos como si fueran música.

Recuerdo el código SOS: tres puntos, tres rayas, tres puntos. Tan simple y tan universal. Ese lenguaje invisible mantenía unidos pueblos y estaciones.

El telégrafo estaba presente en cada estación. Para que un tren viajara desde Sudriers hasta Sosa Díaz, yo enviaba el mensaje solicitando vía libre. Desde la otra estación respondían confirmando que el tramo estaba despejado. Entonces anotaba la autorización en una boleta que entregaba al maquinista. Él la leía con responsabilidad, sabiendo que ese pequeño papel garantizaba



un viaje seguro. En cada estación se repetía el procedimiento. Era un sistema preciso, casi ceremonial, pensado para evitar cualquier accidente. Pero más allá de la técnica, lo que más recuerdo es el espíritu de aquellos tiempos. AFE formó trabajadores solidarios, comprometidos, orgullosos de su tarea. Éramos parte de algo grande. Todo giraba en torno al tren: la vida del pueblo, los horarios, las historias. Fue una época hermosa. Y cada vez que escucho el silbato de una locomotora, siento que una parte de aquel joven de 16 años vuelve a la estación de Pando, donde los puntos y las rayas marcaban el ritmo del corazón del pueblo.

En la actualidad soy peluquero desde hace muchos años. Amo la peluquería y tengo la dicha de contar con una clientela maravillosa. Además, tengo el honor de ser el peluquero de uno de los presidentes de nuestro país, el Dr. Luis Lacalle Pou. A Pando siempre llegaron personalidades nacionales e internacionales muy importantes. Por mi peluquería pasaron grandes jugadores de fútbol, como Fernando Morena y el "Indio" Olivera.

Siempre lo dije y lo sostengo donde sea: cualquier peluquero que, circunstancialmente, sea el peluquero del presidente de su República, sentirá orgullo, sea frentista, colorado o blanco. Yo, orgullosamente, del mío.